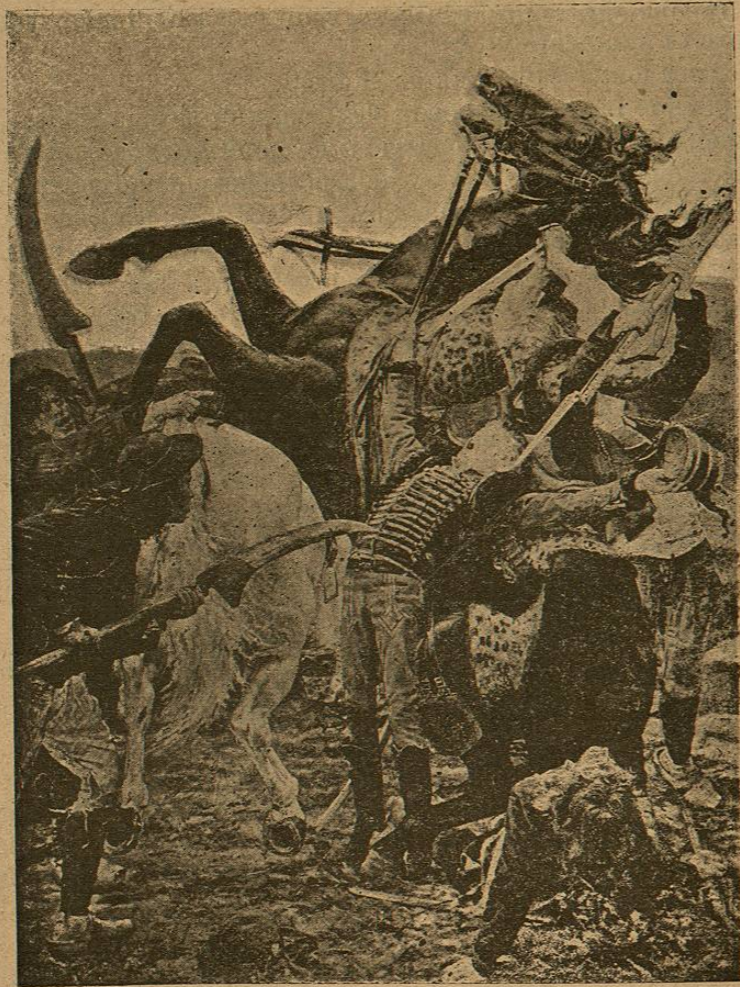


mundo dijo que él solo era el verdadero responsable. Esta fué la opinión no solamente de los girondinos si no de Danton, de Robespierre, de Marat.



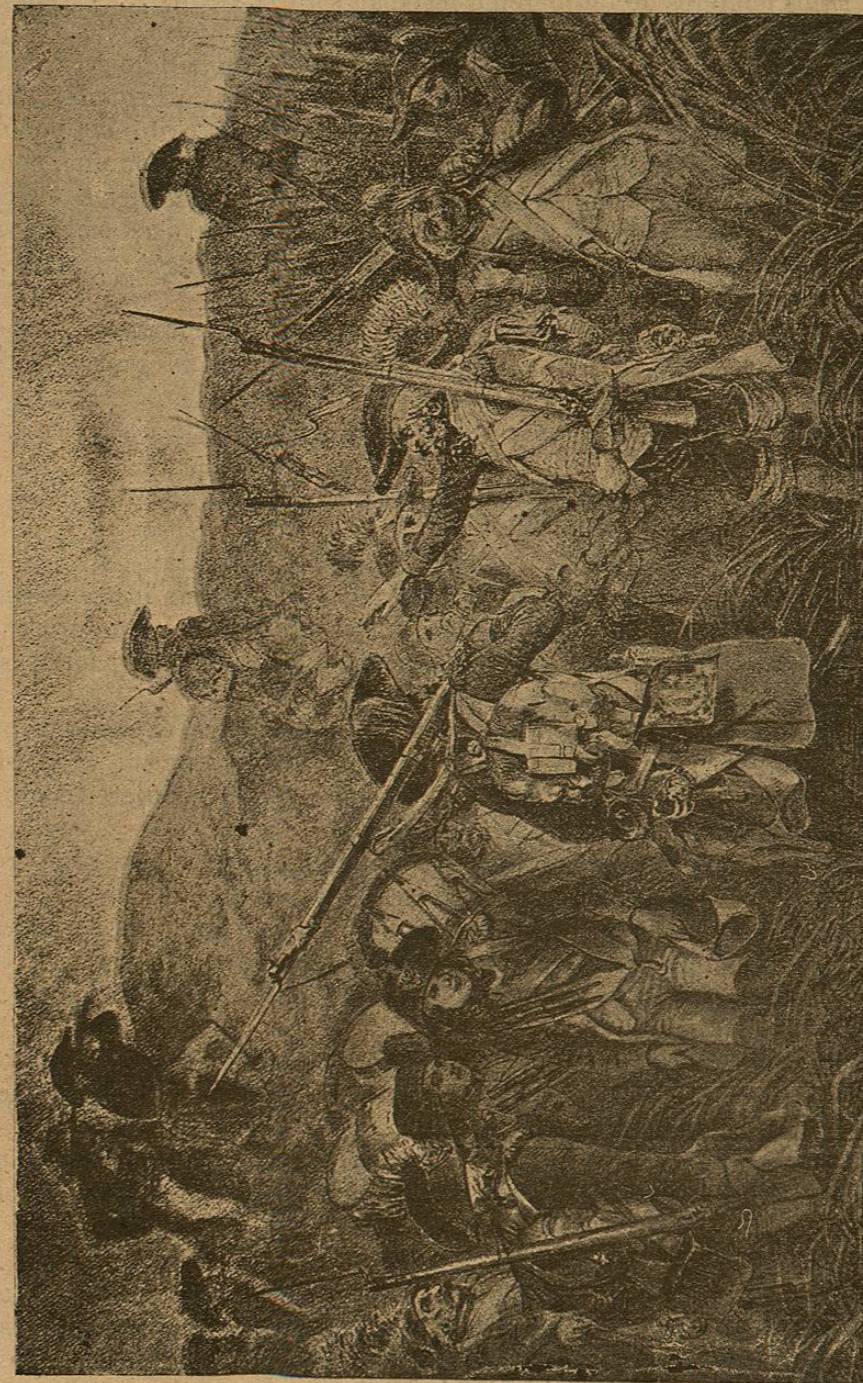
¡VIVA LA REPUBLICA!

Muerte del niño Barra, de catorce años, voluntario de la República que fué asesinado por los vendeanos por no querer gritar ¡viva el rey!
(Cuadro de Weerts. Museo del Luxemburgo.)

Tal era el estado peligrosísimo de la situación, tal la tempestad de noticias espantosas que caía sobre Francia y que hervía en el cerebro de Danton. Ni tuvo miedo, ni se turbó: tomó su partido. La Montaña veía los males, pero no sabía aplicar los remedios.

La derecha, preocupada en el movimiento que se desarrollaba en

LOS SOLDADOS DE LA REVOLUCIÓN



El sargento. — Ciudadanos, queda prohibido fumar, pero podéis sentaros si queréis. (De una litografía de Raffet.)

París, creyó que se trataba de un motín, que había algo artificial; estuvo lejos de imaginar las causas á que obedecía.

Estos hombres de tanto genio ¿estaban sordos, ciegos?... Vivían en los comités y debían de conocer perfectamente las noticias.

Era necesario acabar con esta parálisis fatal que la derecha comunicaba á toda Convención. Los exaltados creían que para resucitarla era necesario que sonara el cañón de alarma, el espantoso grito del pueblo de París. Los políticos, especialmente Pache, Danton y la Comuna, comprendieron que empleando estos medios, se desnaturalizarían los hechos. No rechazaron en absoluto las medidas de terror. Las emplearon y lo contuvieron; sin que costara una sola gota de sangre arrancaron á la Convención las mejores medidas revolucionarias.

A primera hora, el alcalde y el procurador de la Comuna, se presentaron en la Convención. Solicitaron dos medidas: una de gracia y otra de justicia: «Socorros para las familias de los que parten á la guerra y un tribunal revolucionario para juzgar á los traidores y á los malos ciudadanos.»

Al partir estos, desfilando en el salón ante los representantes, decían:

«¡Padres de la patria: á vosotros dejamos nuestros hijos.»

—«No os despediremos en la frontera—contestaron los representantes—si no que iremos con vosotros.» Carnot presentó una proposición pidiendo que ochenta representantes tomaran las armas y formaran entre las filas del ejército. Así se acordó.

Los diputados encargados de visitar á las secciones, expusieron que estas insistían en la formación del tribunal revolucionario: «Sin este tribunal decían—no podréis vencer á los egoístas, que ni quieren combatir ni ayudar á los que combaten por ellos.»

La demanda fué apoyada por Juan Saint-André, formulada y redactada por Levasseur y aprobada por la Convención.

El nombre de estos dos miembros, que aparece cubierto de gloria en las expediciones militares, indica demasiado que, este tribunal, se adoptó como arma de guerra. No era el cuchillo de la justicia lo que se forjaba, si no una espada.

Quienes obligaron á que la Convención aprobase el arma fueron gentes que ningún daño podían temer de ella. Jamás ha habido hombres de mayor abnegación que Saint-André y Levasseur. ¿Adivinaron ellos el empleo que había de darse á esta arma? No, seguramente. Ellos eran héroes, no verdugos. La sangre que querían derramar para regenerar la Francia era la de ellos mismos.

¿Quiénes eran estos hombres? Levasseur, un médico, y tal fe residía en él que, destinado á un regimiento en plena sublevación, le bastó una palabra y una mirada para dominarlo. Saint-André era pastor protestante y tal era su entusiasmo que creó una marina, la improvisó y la lanzó contra el enemigo.

El tribunal revolucionario fué votado al principio en terminos generales. No había ofrecido hasta entonces dificultades. Hasta la misma Gironda parecía reconocer la necesidad de un tribunal excepcional.

Falta regular la organización del mismo. Aquí comenzaron las dificultades. Para vencer las repugnancias de la Convención, Danton creyó que se debía emplear el terror.

Habló en sentido misteriosamente significativo, dando á entender que, si no se aprobaba rápidamente la constitución del citado tribunal, podían ocurrir terribles sucesos, matanzas... El día 9, Danton, apoyó el propósito para la constitución del tribunal.

Después alejó toda idea de intimidación y de terror y habló con elevación, con nobleza: «Consagrad este principio que tiende á asegurar la libertad de todos, evitando que la sociedad delinca... Suprimamos la tiranía de la riqueza sobre la miseria. Por deudas nadie debe ir á la cárcel. Que no se alarmen los propietarios. Nada deben temer. Que respeten á la miseria y esta respetará á la opulencia...» La Asamblea comprendió á maravilla la filosofía que encierran estas palabras y unánimemente convirtió en ley lo que expresó Danton.

Sin embargo, la gente que cometió las violencias que se temían, no fué llevada á la cárcel ni castigada.

Un numeroso grupo se dirigió á las principales imprentas de los girondinos, Gorsas y Fieve, rompió las máquinas, desgarró, quemó el papel, revolvió, inutilizó la letra.

Gorsas empuñó una pistola y pudo atravesar entre estos bandidos y encontrando cerrada la puerta se escapó saltando por el tejado á la casa inmediata, refugiándose en su sección. Todo terminó al poco rato. El grupo se componía de doscientos hombres quienes creyeron conveniente dispersarse después de esta hazaña.

La noticia de este suceso causó un efecto penosísimo. Gorsas era representante. La Convención recibió una herida en su inviolabilidad. Parecía dispuesta á tomar una medida de rigor. Sin embargo, se limita á declarar en adelante la incompatibilidad de los cargos de periodista y representante. Esta medida atacaba por igual á Marat que á Gorsas. Este, suficientemente quebrantado por el motín, aun recibió un nuevo castigo. ¡Justicia extraña! La Convención se mostró débil. La constitución del tribunal revolucionario se imponía.

Los grandes agitadores revolucionarios ¿hasta qué extremo autorizarían las iniciativas y los preparativos del comité de insurrección que pondría en práctica el domingo?

Era esta una situación comprometida y más si se tiene en cuenta que, á cada momento, se recordaban los hechos del 2 de Septiembre. Lo que nos parecía evidente en el comité de insurrección es que no pretendía derramar sangre, pues esto perjudicaba á sus propósitos; su deseo era arrastrar tras sí á la Convención por medio del terror.

A las cuatro de la madrugada, en plena noche, Varlet y los suyos

se reúnen en los Gravilliers. Los que se habían constituido en sesión permanente eran pocos en número y además sentían sueño: «Somos—dijeron maliciosamente—los enviados por los Jacobinos. Estos desean la insurrección y que la Comuna represente los poderes de la Convención.» La sección de los Gravilliers no obraba casi más que á impulsos de un cura, Jacobo Roux (el que condujo á la muerte á Luis XVI). Roux era de la Comuna y dijo que esta no quería precipitar los acontecimientos. Esperaba la Comuna observar el efecto que causaría en la opinión el acto cívico que se había de verificar por la noche. La sección, política y cortésmente, puso á los Jacobinos en el arroyo.

Al amanecer, se dirigieron á una sección menos numerosa todavía, á la de las Cuatro-Naciones que tomaba asiento en la Abadía. Esta vez dijeron: «Somos enviados de los Cordeleros y es la voz de los cordeleros la que expresamos.»

Gracias á esta mentira, obtuvieron la adhesión de los pocos individuos que formaban en aquel momento toda la sección.

Se aproximaba la hora en que se debía de verificar la comida de despedida. Con esta adhesión, los jacobinos dirigieron á los Mercados. Allí tenían ya á sus agentes y no desesperaban de arrastrar á la muchedumbre. Iban á llegar á la Comuna no solamente como portadores del deseo de los Cordeleros y de los de las Cuatro-Naciones, si no como indiscutibles representantes del pueblo, del pueblo que no sabía nada de lo que se fraguaba en su nombre.

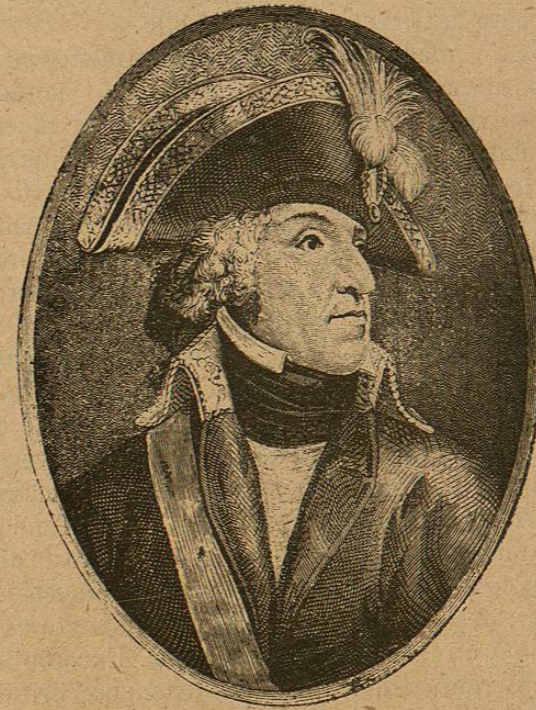
El alcalde Pache, más asustado que contento de la dictadura insurreccional que se ofrecía á la Comuna, encuentra no sé que razones para que esperasen. Hebert, les habló en igual sentido. Había necesidad de ver qué aspecto tomaba la comida cívica.

Finalmente, se propone á toda esta gran masa que fraternice con los Jacobinos, nuestros hermanos... Los voluntarios del Mercado aceptan con entusiasmo. La muchedumbre se dirige á la calle de Saint-Honoré entonando cantos patrióticos. «¡Vencer ó morir!» Algunos llevaban ya el sable en la mano. Entran en los Jacobinos. Un voluntario, no parisiense si no del Mediodía, en execrable jerga quiere hacer una moción. La patria no se puede salvar más que ahogando á los traidores; esta vez «es necesario matar á los ministros pérfidos y á los representantes infieles...» Esta proposición no asustó á los jacobinos. Uno de estos se levantó y dijo: «Mejor fuera que inmediatamente detuviéramos á los traidores...» La proposición primera con esta enmienda iba á ser votada. Afortunadamente la advirtió la Montaña (muy probablemente avisada por Danton y Robespierre). Dubois-Grancé entró en este preciso momento y pidió la palabra.

Era un hombre de talla colosal. Habló franca y resueltamente, sin temor; dijo que, queriendo salvar á la patria iban á perderla. Repentinamente cambia el pueblo de opinión: «Tiene razón ese hombre,» dice la gente. Salen de los Jacobinos. La mayor parte forma nutridos gru-

pos, atraviesan el Sena para ir á fraternizar con los cordeleros. Algunos marcharon al ministerio de la Guerra, en donde dieron gritos de muerte contra Bournonville, á quien creían autor del desastre de nuestro ejército.

Lo ocurrido en los Jacobinos tuvo un testigo propenso al espanto y á sufrir la viva impresión del terror. La mujer de Loubet vivía muy cerca de los Jacobinos, y cuando se enteró del principio de la sesión corrió como una loca á advertir á su marido de los peligros; éste avisó á



BOURNONVILLE

todos los demás girondinos. La esposa de Louvet no se enteró del giro pacífico que había tomado la sesión, merced al discurso de Dubois-Francé.

Es oportuno decir en qué estado se encontraba la Convención. La sesión del 10 se abrió con una denuncia de la derecha. Decía esta que se tenía el propósito de intimidar á la Convención y que se pretendía cometer algún acto sangriento (las mujeres no acudieron á la sesión). Barere rogó que se tuviera valor y dignidad, añadiendo que él nada temía. En alta voz dijo: «¿A qué temer por la cabeza de los diputados? ¿Acaso no reposan estas sobre la existencia de todos los ciudadanos?»